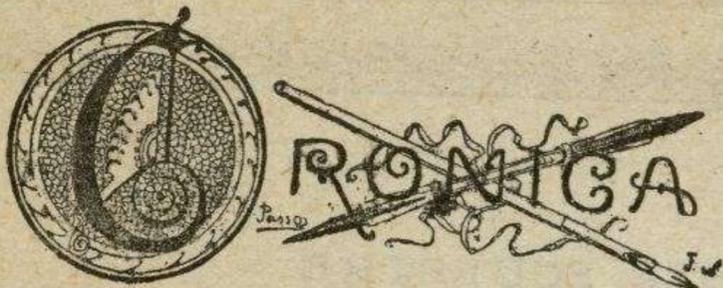


LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



Si tuviéramos que relatar una crónica de tristezas no tendríamos más que ir registrando las continuadas catástrofes que se están sucediendo en esta pobre España.

Por los periódicos sabrán Vdes. la hecatombe de Consuegra.

¡Con-suegra se había de llamar!

Ante tantos millares de víctimas, ante tan desconsolador desamparo, solo la caridad puede mostrarse en toda su esplendidez.

A ella acudimos para enjugar tanta lágrima.

Que cada cual contribuya con su óbolo para aquellos desgraciados.

* *

¡Los *adventistas*! ¿Saben Vdes. quiénes son los *adventistas*? Pues los misioneros de una nueva secta que andan recorriendo el mediodía de Francia.

¿Cuáles son sus doctrinas? Pues sencillamente que Cristo ha de volver entre nosotros.

Ya me lo supongo en manos de conservadores. Pero como ahora no se crucifica á nadie, se contentarán con fusilarle como perturbador y levantisco.

Tambien dicen los *adventistas* que se va á acabar el mundo.

Por mí, que se acabe. Desnudo nací, desnudo me hallo.

Esa catástrofe la pueden temer los señores Fabié y Elduayen que tienen cubierto el riñón; ¿pero la mayoría de las gentes? ¡Quiá!

¿Saben Vdes. en qué han conocido los *adventistas* que se va á acabar este lío que llamamos mundo? Pues en que existen la *filoxera* y el *mil-dew*.

Para ellos el nervio de la vida del planeta está en el peleón.

¿Se acaba el vino? Pues se acaba el mundo. Y el que no esté contento que se fastidie.

Más de cuatro individuos, beneméritos de la *papalina*, se van á hacer *adventistas* así que esas misiones pasen á España.

En la nación vecina ha hecho prosélitos, y para que no les coja desprevenidos, son muchos los franceses que empalman las pitimas.

Hay *adventista* que hace quince días que no se puede lamer y llora lágrimas de mosto meditando sobre la fragilidad de la vida.

Se dice que esta secta ha nacido en los Estados Unidos.

Allí debía ser.

* *

Vamos á invadir Portugal.
Así lo dicen los políticos conspicuos y así lo creemos nosotros.

Las tropas irán al mando del *invito* Martínez Campos y llegaremos á Lisboa sin disparar un tiro.

Entraremos en la capital y allí dispondremos de su territorio.

Tambien daremos títulos á los que se hayan distinguido más.

A Beranger (que habrá atacado por mar á Lisboa mientras Martínez la atacaba por tierra) le haremos duque de *ó terror dos mares*.

A Martínez, conde del *Estroncamento*. Porque habrá estroncado las dos naciones.

Cánovas será vi-rey. Y no le haremos vizconde porque ya lo es.

Silvela será virreina-madre.

Los portugueses serán distribuidos como esclavos entre los ministeriales, y Fabié tendrá dos lusos nada más que para que le limpien las botas.

Como país conquistado tendremos allí derecho de horca y cuchillo. El derecho de pernada no se cuenta porque los canovistas son todos unos vegetorios y ya el duque de Sexto no está para esta clase de lances.

El ejército portugués será disuelto.

La marina idem de lienzo.

La familia reinante en Portugal será retirada á Madrid donde se le pasará un modesto haber.

A los portugueses solo se les dejará la libertad de seguir contando por *reis* para que se hagan todavía la ilusión de que son millonarios.

El general Weyler será nombrado á su vuelta de Filipinas capitán general del país conquistado.

Ya ven nuestros lectores con qué facilidad se ha arreglado todo.

Ahora solo falta que como en casi todas las predicciones, sucedan las cosas al revés y sean *os lusos* los que nos conquisten.

Nos alegraríamos, porque el yugo portugués debe de ser muy blando y muy cómico á la vez.

¡Cómo nos habíamos de reir entonces de nuestros amos y señores!

* *

Un rumano llamado Jofer ha grabado en un grano de trigo el salmo 45 de Elidan, digo, de Daniel.

Entran 391 letras y dicen que un hombre que tenga buena vista lo puede leer.

¡Buena vista tiene que tener!

Nunca he podido comprender esta clase de méritos, ni sé qué es lo que puede importar á la humanidad ni en qué contribuye á su progreso que un monomaniaco escriba en un papel de fumar la Historia Universal, de César Cantú, ó grave en un grano de trigo todos los salmos concernientes á mi tocayo.

De vez en cuando aparecen en los periódicos esta clase de noticias que á mi me dejan conforme estoy.

Más me llamaría la atención, por ejemplo, que me dijese que en quinientos pliegos de papel de barba había escrito Velarde una buena redondilla ó Carulla un mediano soneto.

Para mí los que al cabo de años y años de trabajo logran escribir en una pulgada de papel ó en un grano de arroz las obras del Tostado, son una especie de microbios desarrollados millones de veces. Esa clase de sugetos debieran confeccionar sus pacienzudas obras dentro de la gota de agua de que hablaba Bartrina.

Allí estarían bien esas proezas de paciencia y chifladura.

* * *

Todo Barcelona ha hablado estos días del drama que tuvo efecto en una célebre casa de lenocinio.

Una infeliz muger, según se dice, no pudiendo soportar el duro trato del *Celestino* (porque parece ser que es un hombre el amo de la casa) se arrojó por un balcón y quedó medio muerta.

Ya hace algún tiempo que una negra hizo lo propio en la misma casa.

Por lo que parece, aquel *palacio* es una inquisición.

Hora es ya de castigar los abusos que se cometen con las desgraciadas que tienen que vivir en esos antros.

Poniéndose al lado de las muchachas contra el ama se está seguro de tener siempre razón.

Téngase esto presente y se hará justicia.

ELIDAN

LA QUE NO SE AVENTURA...

Gilda tenía una rosa
clavada con alfileres
en la cabellera undosa.

¡Las mujeres
se adornan con cualquier cosa!
Y cuando llegó á la plaza
el día de la Ascención
excitó la admiración
la rapaza
con muchísima razón.
Porque Gilda era graciosa
y gentil y vivaracha
cual cándida mariposa,
y le sentaba la rosa
de tal modo á la muchacha,
que al instante de llegar
los mozos se dieron cita
para sacarla á bailar....

¡Claro! ¡Estaba tan bonita!
¡Cuánto bailó, Virgen Santa!
¡Cuánto galán se atrevió
á pedirla amor! ¡Con cuánta
soltura dijo que no!

Como siempre la esquivez
es espuela del deseo,
el desdeñado una vez
ó por mal mozo ó por feo
con doble empeño volvía
y el baile se iba animando
y Gilda en sí no cabía
de vanidad y alegría,
porque cuando
ve la mujer que la adora

el hombre que trata altiva,
se juzga dueña y señora,
y se pone más esquiva
cuanto más él se enamora.

Resumen: aquella tarde
no hubo mozo en el lugar
que entre atrevido y cobarde
al mirar

tan prodigiosa belleza
no hablase á Gilda de amor
y le pidiera la flor
que llevaba en su cabeza.

¡Que si quieres!
Siempre Gilda la negaba,
y allí la rosa se estaba
prendida con alfileres.

Hete que un mozo, un gayan
sin pizca de educación
atento al tan taran tan
del tamboril, y el porron;
que no se había fijado
en si Gilda estaba allí
ni en la que se había armado
por cosa tan baladi,
la fué á sacar á bailar
sin maldito el interés,
y la chica al aceptar
dejó plantados á tres
sin poderlo remediar.
Al fijarse en Gilda luego
la miró con mucho fuego,
la dijo.—¡Cristo qué guapa!
esta rosa me la das,
¿verdá, tú?—y sin decir más
se la puso en la solapa.

¿Piensa usted
que la moza, hecha una harpía,
se irritó por el alarde
de imprudente grosería
al quitarla lo que había
negado toda la tarde?
Pues no fué así, no, señor;
se rió como una loca
y lo tomó por favor.
En los combates de amor
vence siempre el que provoca.
Gilda obedeció al destino
y firmó al punto las paces...
Fortuna jurat audaces!
que dice el refran latino.

SINESIO DELGADO

OPTIMISMO CASERO

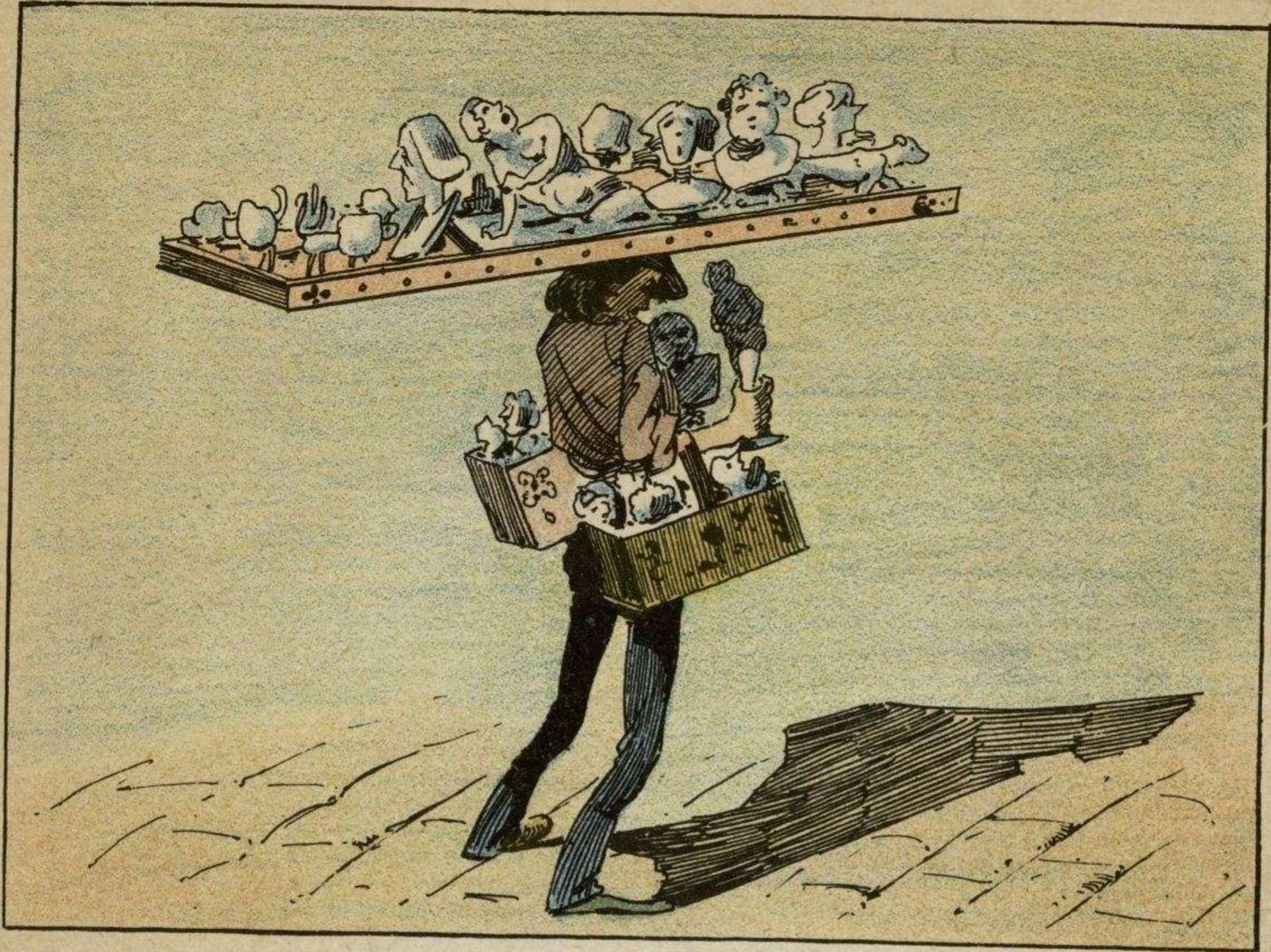
—Ya ve V.!—me decía D. Onofre, uno de los oficiales quintos más acreditados de la Caja de Depósitos.—La mujer en España no tiene porvenir. De modo y manera que á mi niña la dedico al piano completamente.

—¡Hombre! ¿La van á casar Vdes. con un instrumento?

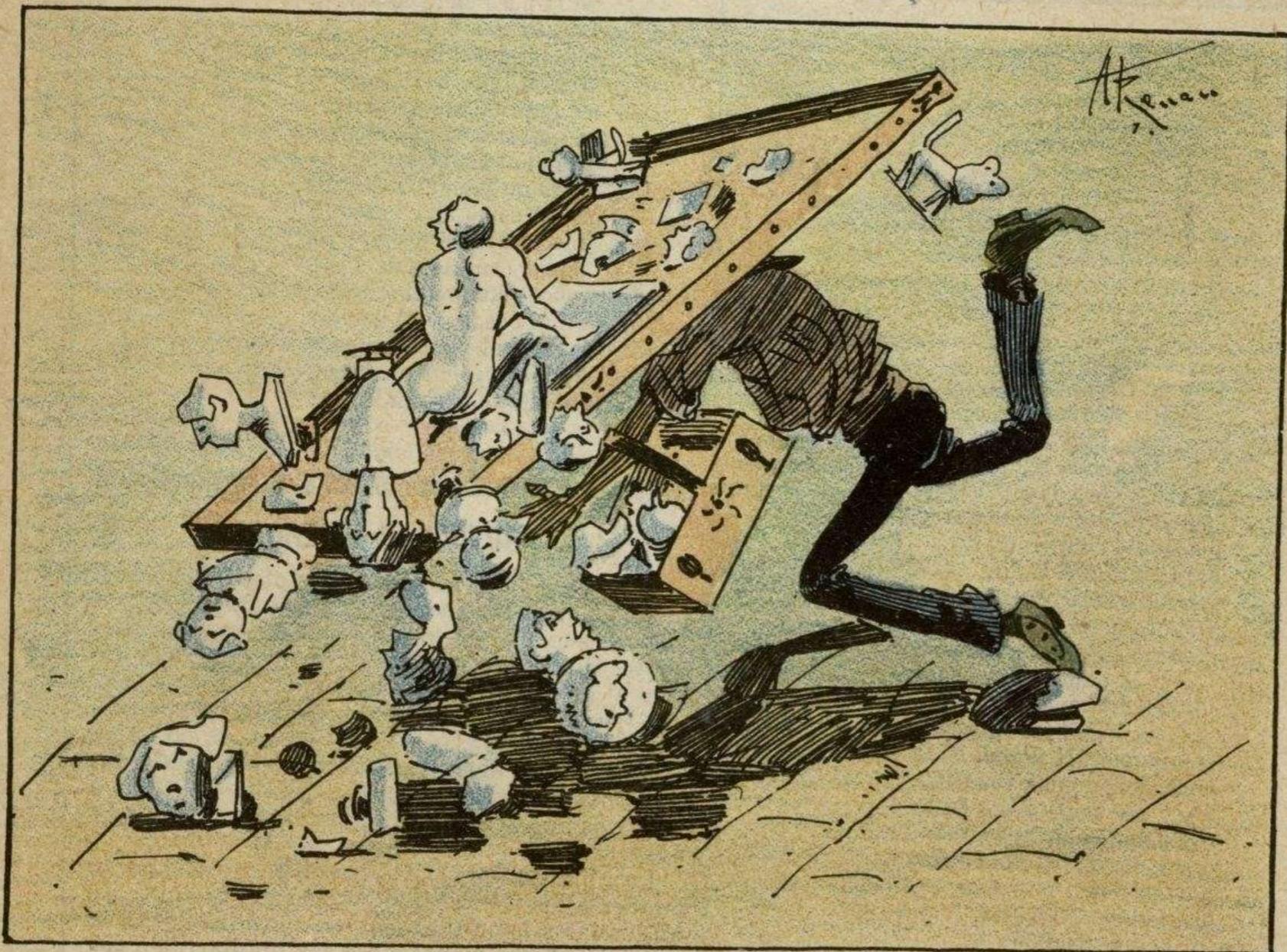
—No sea V. bromista. Digo que la tenemos en el Conservatorio; mañana ó pasado se muere uno y siempre le queda á la chica algo á que agarrarse.

La niña se llama Angustias y el nombre le cuadra á las mil maravillas, porque es capaz de angustiar á las duras piedras cuando ensaya la «posición fija,» que viene á ser un martilleo se-

REFRÁN EN ACCION



Quien mucho abarca.....



...poco aprieta.



LAS DE COLCHÓN.

—Mira con qué descaro nos echan los gemelos las de Pringalo. ¡Buenas nos estarán poniendo!

—Siempre hacen eso las que, como ellas, tienen mucho por qué callar.



LAS DE PRÍNGALO.

—Mira las de Colchón con qué poca vergüenza nos miran; nos pondrán buenas.

—¡Claro! ¡Como ellas tienen tanto por qué callar!...



La gente ha gastado ó perdido el dinero en S. Sebastián. Problema.

¿Cómo vá á pasar esta chica el invierno?

mejante al que producen los calderos.

D. Onofre y su esposa se han venido á vivir al cuarto tercero de mi casa y desde entonces no tiene mi familia un día bueno, ni hacemos nada á derechas ni conseguimos tener fresca el agua del botijo. A mi niña la menor que estaba para echar los dientes de abajo, se le ha suspendido la baba y yo atribuyo estas contrariedades á la chica de D. Onofre que se pasa la juventud entregada á los ejercicios de Bertini, entrevesados con la habanera del *Tambor mayor*, como si de esta tarea dependiese la felicidad del país.

D.^a Baldonera, la madre de Angustias, cuida de que la chica no abandone un solo momento los ejercicios que han de labrar su porvenir y el de sus hijos, si los tuviese.

—Niña, al piano.

—Estoy arreglando el retrato de la abuelita, que se ha despegado por la parte de abajo.

—Deja eso. Tú no debes hacer más que escalas. Ya sabes lo que dice D.^a Dorotea la profesora: las escalas son las madres de la educación artística.

Y convencida Angustias de esta verdad indiscutible se entrega día y noche al instrumento, que es muy sonoro desgraciadamente.

Al regresar D. Onofre de la oficina, lo primero que hace es preguntar á su mujer si ha estudiado la niña y si le dicen que es aplicada y que adelanta de día en día, el hombre disfruta lo que no es decible.

En la oficina, en el café, en el paraiso del Real, á donde suele llevar á la chica para que vaya educando el oído y se nutra con la sustancia de los grandes maestros. D. Onofre no tiene más conversación que la referente á la carrera de Angustias, y su eterna pregunta es esta:

—¡Hombre! A propósito: ¿conoce usted á Arrieta?

—Si, señor; le he visto salir en Apolo con motivo de *San Franco de Sena*.

—Digo si le trata V. porque, la verdad, yo quisiera que á la chica la viesé con cariño en el Conservatorio. Yo no tengo relaciones; porque como siempre estoy metido en la Caja...

—¿Vive V. dentro de una caja?

—En la Caja de Depósitos, he querido decir.

Las cartas de recomendación que ha obtenido D. Onofre no cabrían en el sombrero de Retés. Carta para el director, para el secretario, para el profesor de la clase, para la celadora, para el portero... Por pedir hasta ha pedido una carta para el almacenista de pianos, á fin de que le rebaje el alquiler.

En cuanto se le da tanto así de confianza, ya está D. Onofre queriendo llevarle á V. á su domicilio para oír á la chica; y ya allí, comparece Angustias, toda despeinada, porque no tiene tiempo de componerse y porque, además no es costumbre entre los artistas lavarse la cara ni rizarse el flequillo. Cuanto menos limpia es una persona, más artista resulta.

—Anda, hijita,—dice D. Onofre;—toca algo para que te oiga este amigo.

La mamá se presenta también sonriendo, como si quisiera decir: «Ahora va V. á ver lo que es canela;» pero reprime sus maternales instintos y exclama:

—Como ésta no toca mas que estudios difíciles ¿sabe V.? no todos comprenden el mérito.

—Este amigo es muy inteligente—añade don Onofre.

V. no es inteligente ni es nada, pero como Angustias toca peor que cualquier tahonero francés ó cualquier mozo de ferrocarril, sale V. de aquella casa convencido de que D. Onofre es un optimista con 6000 reales de sueldo, que no vé más allá de su Caja de Depósitos, y que la chica haría mucho mejor si en vez de tocar el piano, fregase los suelos.

Cierto que ella no sabe coser, ni planchar, ni hacer las camas, ni leer de corrido, porque la mamá no quiere distraerla de sus estudios; pero así y todo, siempre sería mejor ama de casa que profesora de piano-forte.

Casi todos los padres creen notar en sus hijos aptitudes especiales para tal ó cual ramo de las ciencias ó las artes. No recuerdo haber oído decir á nadie:

—¡Si viera V. qué chico tengo tan animal! Parece una caballería, mal comparado.

En cambio me han dicho muchas veces:

—Tengo yo un chico de catorce meses que es una monada ¿Quiere V. creer que nadie le ha enseñado de dibujo y ayer retrató á mi suegro mientras se estaba afeitando?

D. Onofre acaba de experimentar una espantosa decepción. Había reunido en su casa á tres amigos, dos de ellas compañeros de Caja y el tercero secretario de un municipio rural, que ha venido á Madrid para gestionar un asunto sobre pastos. Angustias acababa de ejecutar la habanera del *Tambor mayor* que el secretario había confundido con el *Tantum ergo* y otro de los oyentes con la *marcha real inglesa*, cuando llegó el cartero del interior con una carta.

D. Onofre rompió el sobre. Era del profesor de Angustias y decía así:

«Sr. D. Onofre Falsilla. Si vuelve V. á mandarme la chica acabaré por estrellarla. Eso no es una mujer; es una mesa de noche. Lo mismo será ella pianista que yo monja trinitaria. Con que, abur y dedícala V. al estropajo.»

¿Creerán Vdes. que D. Onofre desistió de su propósito? ¡Quiá!

Lo que hizo fue pedir el traslado de Angustias á otra clase, diciendo para sí:

—La tienen tirria. Señal de que la chica vale.

LUIS TABOADA

¡MÚSICA! ¡MÚSICA!

¿Con que, desde el mismo día del concierto con tu esposo, dejaste en mortal reposo á *Norma*, *Safo* y *Lucia*?

¿Thálberg, tu libro de texto, también muerto en el olvido?

¿Y perdona tu marido engaño tan manifiesto?

Quizá sus penas devore; pues de novio, en cada nota hallaba el pobre una gota del dulce *Elixir d'amore*.

Si amó tu música tierno, ¿porqué cuando el sí le dabas, por desengaño guardabas ese *calderón* eterno?

No vuelvas á responder que el arte no se concilia con la casa y la familia, ¡que tanto te dan que hacer!

¡Si ya sé yo lo que pasa!

¡Si ya sé, sol de los soles,
que tiene muchos *bemoles*
el arreglo de una casa!

Que la criada que es nueva,
que el chiquitín que se cae,
que la doncella que trae,
que el marido, que se lleva...

Mas dime, inocente artista,
¿posible es que no recuerdes
los cuartos de hora que pierdes
de charla con tu modista?

¿Te parecen horas pocas
las que al tocadór te das?
y tú te tocas demás
y el piano no más tocas?...

Mira que es cosa probada
que ese precioso instrumento
es el mejor elemento
de toda mujer casada.

Si de su decoro en mengua,
suele la lengua tener,
¿no es bueno que la mujer
tenga el piano por lengua?

¿Que es fiero tu esposo, chica,
y se exalta sin reparo?
¡Mucha música! y, es claro,
la fiera se domestica.

¿Que está celoso, y le van
los amigos con lilailas
de si bailas ó no bailas
con tu primo el capitán?

Pides al *Barbero* auxilio,
al de *Sevilla*, se entiende;
de calumnias te defiende
el aria de D. Basilio.

¿De tu amor en holocausto
una joya es necesaria?
Pues toca y retoca el aria
de Margarita del *Fausto*.

¿Que tu marido es un bruto
cuyo ateísmo da miedo?
Le inspiras fé con el *credo*,
ya sabes, el de *Poliuto*.

¿Que al fin vuestra paz se pierde?
¿Qué reñís, y el muy gaudul
pasa al gabinete azul
y á tí te deja en el verde?

Bien; tú te das todo el día
á tocar *vivace allegro*,
y al entrar, no nota el suegro
la falta de *la armonia*.

¿Qué el chiquitín tiene *esplin*
y no se distrae con nada?
Le tocas una balada
y se duerme el chiquitín.

¿La criada no está *en voz*
para hacer una menestra?
Dale á Rossini por muestra
que era un cocinero atróz.

Si á culinarios enredos
sazón Rossini cons[»]gras,
yo sé, que al comer las magras,
te vas á chupar los dedos.

Y, en fin para ahorrar discursos
que agotan ya mi cacúmen,
el piano es, en resumen,
un arsenal de recursos.

¡Música, pues, y victoria
por tu conjuro armonioso,
que te ha de dar con tu esposo
aquí paz y después gloria!...

EDUARDO BUSTILLO.

OTRO ROMEO Y OTRA JULIETA

Vanidad de vanidades, decían los clásicos; cómo nos pavoneamos, decimos los modernos.

La vanidad es un vicio innato en el hombre. Hasta los que pasan plaza de modestos son vanos. Tienen la vanidad de la modestia.

D.^a Sagrario, viuda de un coronel de los de oficina, tiene un hijo llamado Nicolás, apreciable jóven de veintiuna primaveras.

Ambos viven modestamente de la viudedad que al morir les dejó el cabeza de familia; pero el orgullo de D.^a Sagrario no tiene límites, como la inmensidad, y el del hijo los tiene.

Estos límites son los ojos de Narcisa, la hija del tendero de la esquina, muchacha de diez y seis años que *huele* á salud, que respira alegría y que es más bonita que un billete de Banco de quinientas pesetas.

Narcisita es rica, pues su papá ha ganado, como quien dice á pulso, muchos miles de duros, vendiendo géneros coloniales y algunos otros que no lo eran y pasaban por tales.

Los amores de N. y N. (como diría un gacetillero para no citar personalidades), ó mejor dicho, de Narcisa y Nicolás, comenzaron como todos, con miradas.

El la miró tímidamente, y ella le miró con más simidez y bajó los ojos.

El niño amor batió sus alas de gusto.

Desde entonces aquello no eran miradas, eran tiros de revolver que llegaban y traspasaban los corazones de aquellos dos infelices mortales.

Pero como no debían estar eternamente mirándose, un día se decidió el doncel á hacer una hombrada; se propuso hablarla.

Como todos los enamorados, se dijo antes mentalmente lo que la había de decir, y cuando se lo supo bien de memoria, entró en la tienda decidido!

Llegó con mucho ánimo al mostrador y allí se cortó:

—Ti...ti...tiene... usted...

—¿Qué... qué... qué decía usted?—preguntó ella tartamudeando tambien.

—A...a...azúcar.

—A...a...aquí lo ti...tiene usted.

Y él cogió el azúcar, se lo llevó sin decir palabra, enteramente aturdido, y á el a se le olvidó pedir su importe.

¡Y cómo se avergonzó á solas Nicolás del ridículo papel que había desempeñado!

Volvió otro día á comprar café y ya pudo esplícarse mejor.

Pagó el azúcar atrasado y el moka, y salió.

Al tercer día repitió la visita y la habló del buen tiempo que hacía.

Ella, ruborizándose, dijo que efectivamense, hacía *malo*.

Dos días después la habló de las niñas bonitas, y ¡atrevido! agregó un «como usted» que fué el colmo de la osadía.

Ella se puso de veinticinco colores y contestó: ¡Ah!

Una semana después se le había declarado y ella había vuelto á responder: ¡Ah!

A los quince días eran novios, y á los veinte se tuteaban.

A los treinta no salía Nicolás de la tienda de Narcisa.

Esto llegó á escamar á D. Pantaleon, padre de la bella, quien un día interpeló al joven de este modo:

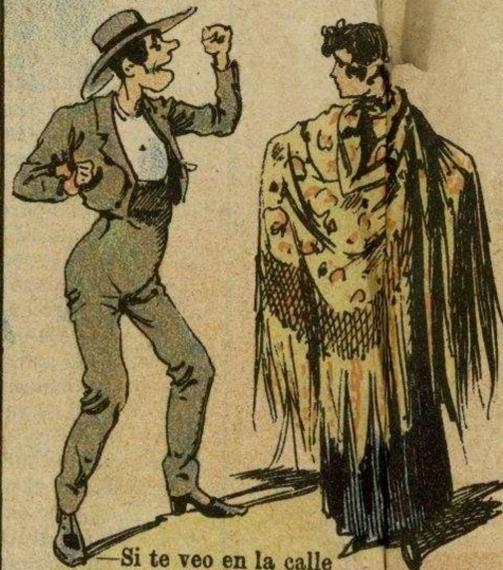
—¿Con qué fin viene V. tanto por la tienda?

—Con un fin bueno: con buen fin. Estoy enamorado de Narcisa y quiero casarme con ella.

—¿Y con qué cuenta V.?



—Casémonos pronto, Ciso.
—¿Porqué lo ices, Bartola?
—Porque sí, porque es prciso...
Yo me entiendo y bailo sola.



—Si te veo en la calle
con el Mociila,
á ti y á él vos pongo
como una criba.



—Acepte V. este aderezo, Leopoldina.
—¡Oh, qué hermoso!
—A quién se refiere V., ¿al aderezo?
—No, á usted, guasón.



—Me tiene V. amelonado,
y quisiera, resalada,
que fuera V. un reducto
por venir yo la tomaba.



—Necesario es que se venza
y me declare su amor.
—¿Es que tiene V. vergüenza?
—No es vergüenza, que es pavor.

—Con la imaginación, porque yo soy muy calculista.

—No quiero decir eso. ¿Qué patrimonio tiene usted?

—Yo cuento con la viudedad de mamá.

—No es bastante. Diríjase V. á otra puerta.

Nicolás salió de allí con la muerte en el alma y fué á desahogarse en el seno maternal.

Cuando doña Sagrario se enteró de los amores de su hijo y de las calabazas que había llevado, tuvo un síncope.

¡Una coronela rebajada por un tendero!

Y dijo á su hijo en el colmo de la indignación:

—No me hables de esos ultramarinos ¡Creería rebajarme!

El pobre Nicolás y la pobre Narcisa quedaron anonadados.

Ellos se amaban con el amor santo de la juventud de otro tiempos, de aquella juventud que no miraba los intereses y la posición social para nada.

Narcisa enfermó y á Nicolás le sucedió otro tanto. El mismo día y á la misma hora entraron en el lecho del dolor. ¡Si habría simpatía y magnetismo!

D. Pantaleon y D.^a Sagrario se hallaban preocupados. Veían que se iban á quedar sin hijos, y sus orgullos respectivos iban flaqueando.

Aquel Romeo y aquella Julieta deliraron el mismo día y á la misma hora también.

El tendero y la coronela salieron al mismo tiempo con el objeto de hablar el uno á la otra y la otra al uno sobre el particular.

Se encontraron en medio de la calle.

—¡Mi hija se muere!

—¡Mi Nicolás se va por la posta!

—Esto ha de terminar.

—Pues consienta V. primero.

—Pídame V. á mi hija antes.

—¡Nunca!

—¡Jamás!

—¿Y si lo pidiéramos los dos á un tiempo?

Y lo hicieron.

Así se pudieron satisfacer aquel orgullo de infantería y aquel orgullo de ultramarinos.

Cuando los jóvenes supieron que podían casarse se pusieron buenos en cuatro días.

Escusamos decir que la boda se celebró al poco tiempo y hubo arroz y gallo muerto.

La coronela se humanizó tanto que bailó una habanera con su consuegro el día del acontecimiento.

Dejémoslos en paz; y tú, amado Teotimo, no te muestres orgulloso por las distinciones que te pueda proporcionar una buena posición social ó unos cuantos miles de duros.

Ante los ojos de la sana razón todos son iguales; condes y millonarios, coronelas y tenderos.

DANIEL ORTIZ.

PRELUDIOS DE UNA CENA CAMPESTRE

Doce cubiertos descansan
Sobre la rústica mesa
Y en torno de ella la gente
Está aguardando la cena.

Cuatro muchachas rollizas
De campesina belleza,
Van repartiendo á los mozos
Vino, aguardiente y ginebra,
Ingredientes necesarios
Para correr una juerga.

Brilla en la faz de las mozas

Convidadas á la fiesta,
Vivo color que delata
Un corazón que desea,
Un alma que dichas quiere,
Una dicha que se espera,
Una emoción que se oculta
Tras otra emoción que llega.

Junto á las mozas sentadas
Gallardos mozos se sientan,
Y acercándose á su oído
Yo no sé qué cuchichean,
Aunque bien pudiera leerse
En los ojos de las bellas.

Pues se entornan, se abren, giran,
Lanzan destellos que queman,
Se humedecen y desmayan
En alarmante fijeza,
Perdiendo esa claridad
Y esa limpidez serena
Que el cielo legó á los ojos
De las púdicas doncellas.

La animación vá en aumento;
Júntanse más las parejas,
Y las sillas con sus dueños
Más apretadas se estrechan.

Se oyen suspiros y risas,
Un amante que se queja,
Y besos que al escaparse
Contra otros besos se estrellan.

Allí, una mano taimada
Que escurriéndose ligera
Quiere penetrar.... misterios
Y otra mano la sujeta.

Más allá dulces suspiros
De la enamorada tierna,
Y abrazos con que se adornan
Las amorosas escenas.

Junto al chocar de los besos
Se escucha el de las botellas
Y el de las copas que pasan
De la una á la otra pareja.

Y cuando el vino los rostros
De las mozas colorea,
Y los brazos atrevidos
Esbeltos talles rodean;
Cuando sonora guitarra
Preludia una malagueña
Y exhalan piezas y notas
Los labios de una morena;
Los mozos ébrios deliran,
Y las jóvenes se inquietan;
Huyen luego temerosas;
Hacen como que se alejan
De sus gallardos donceles,
Pero atraídas se acercan
De nuevo y con más deseo
Junto al galán que desea...

Cuando las manos se enlazan,
La timidez se destierra,
Los tocados se deshacen
Y los ojos centellean,
De entre el rojizo vapor,
De aquella atmósfera densa,
Sale una voz varonil
Que grita: —Ya está la cena.

LUÍS LLOBET.

LA VIDA EN CASA DE UN PELUQUERO.

A LOS QUINCE AÑOS.

- Hola, maestro!
 —Servidor, caballero, Siéntese usted.
 —Pronto, tengo mucha prisa.
 —¿Cortar el pelo?
 —No, señor; afeitarme.
 —¡Ah!
 —Hace tres semanas que me he dejado la barba, pero me molesta mucho.
 —Es natural.
 —Me dejará usted el bigote, ¿eh?
 —Como usted quiera.
 —¿Usted ve bien mi bigote?
 —No mucho; hay poca luz en este entresuelo.
 —Pues encienda usted el gas.
 —No hay necesidad. Le dejaré, aunque no lo veo.
 —¡Ya! basta con el intento, ¿no es verdad?
 —Justo.
 —Vamos, acabe usted.
 —¿No usa usted perfumes para la barba?
 —¿Yo?
 —Lo digo porque tengo un aceite que la hace crecer.
 —¿De veras?
 —Con un frasco basta para que dentro de un mes tenga usted una barba de primer orden.
 —¿Será posible?
 —Mi aceite está recomendado por todos los químicos.
 —¿En un mes?
 —Sí, señor.
 —Déme usted diez frascos. (Así me crecerá antes.)

A LOS VEINTICINCO AÑOS.

- ¿Pelucero?
 —Servidor de usted.
 —¡Quiero que me rize usted! Pero que me rize usted con gran esmero.
 —¿Va usted al baile del Casino?
 —No, pero asisto á una ceremonia; hoy es mi presentación oficial.
 —¿En el ministerio?
 —No, en casa de mi futura.
 —¡Ah! ¿se casa usted?
 —Sí, amigo mío. La vida se pasa pronto y es preciso aprovecharla antes que empiece á clarear el pelo.
 —¡Oh! usted conserva muy bien el pelo suyo todavía.
 —El matrimonio es más que un deber; es una necesidad... Déjeme usted tupé... Mi futura no es muy rica que digamos; ¡pero tiene unos ojos! ¡Qué ojos!... Más alto el tupé, más alto.
 —¿Con qué buenos ojos, eh?
 —Mi suegra ha dicho que no ha visto otros mejores.
 —¿Quiere usted que le recorte las guías?
 —¡Nunca! Eso da cierta gravedad que en un marido es indispensable.
 —¿Qué tal?
 —Perfectamente. Hé aquí una cabeza que debía exigir 30.000 duros de dote.
 —Pues yo digo que se merece el doble.
 —¡Adulador!
 —La prueba, caballero, es que si yo tuviese una hija...
 —¿Qué?
 —No tendría más yernos que esos cabellos!...

A LOS CUARENTA AÑOS.

- Maestro, pásame usted el peine.
 —¿Nada más?
 —Nada más, tengo prisa.
 —¿Entonces no damos hoy cosmético?
 —No: se tarda mucho, y además no hace gran falta; si acaso dé un poco por la coronilla.
 —¿Pero qué prisa tiene usted?
 —Estoy citado con el juez y no puedo faltar.
 —¿Qué es eso? ¡Con el juez!
 —Hoy se decide mi demanda de divorcio.
 —¡Calle! ¿Se ha divorciado usted?
 —Sí, señor.
 —¿Con una mujer que tenía tan buenos ojos!
 —Sí, muy buenos, pero nada más.

A LOS CINCUENTA AÑOS.

- Mi querido maestro, quisiera decir á usted dos palabras.
 —Estoy á sus órdenes, caballero.
 —¿Estamos solos?
 —Completamente solos.
 —Pues bien: ¡mire usted!
 —¡Gran Dios! ¡Qué hermosa coronilla! ¿pero qué diablo hizo usted con sus cabellos?
 —¡Se han marchado!
 —¿Por dónde?
 —¡Quién sabe! Cada día se quedaba en el peine un pequeño mechón. ¡Esto ha sido una horrible desgracia!
 —Pero, en fin, ¿usted querrá una buena peluca?
 —¿Usar peluca? ¡Jamás!
 —¡Invisible! Peluca invisible.
 —¿Para quién?
 —Para todo el mundo.
 —Cuando tengo el sombrero puesto lo comprendo, pero luego...
 —Yo no veo otro medio; al menos de este modo tapamos lo que se halla más descubierto.
 —¿Usted se burla de mí?
 —Pues quédese usted con su calva.
 —De todos modos, como no hay mal que por bien no venga, con la pérdida de mis cabellos ha coincidido otra mucho menos sensible.
 —¿Cuál?
 —¡Me he quedado viudo!

A LOS SESENTA AÑOS.

- Con cuidado, maestro; los cabellos blancos son muy tiernos y se caen al menor tirón.
 —Los de usted andan bien escasos.
 —Quiero que los corte usted, maestro.
 —¿Que los corte?
 —Sí.
 —Pero...
 —Eso les hará crecer. Recuerdo que me crecían mucho en otro tiempo.
 —Sí; pero hoy...
 —Nada: cortar y rizar.
 —¿Rizar? ¡imposible!
 —¿Por qué?
 —Porque no tengo la doble vista.
 —Ensaye usted.
 —¡Es que voy á quemarle el casco!
 —No importa. ¡Estoy decidido á sufrir!

A LOS OCHENTA AÑOS.

- Cuida tus cabellos, hijo mío. Aquí donde me ves he tenido una magnífica cabellera, y todavía conservo...
 —Sí, abuelito. ¡Conserva usted el sitio!



Con sus gestos de alegría y continua contorsión, nadie al mirarle diría que es rey de la creación.



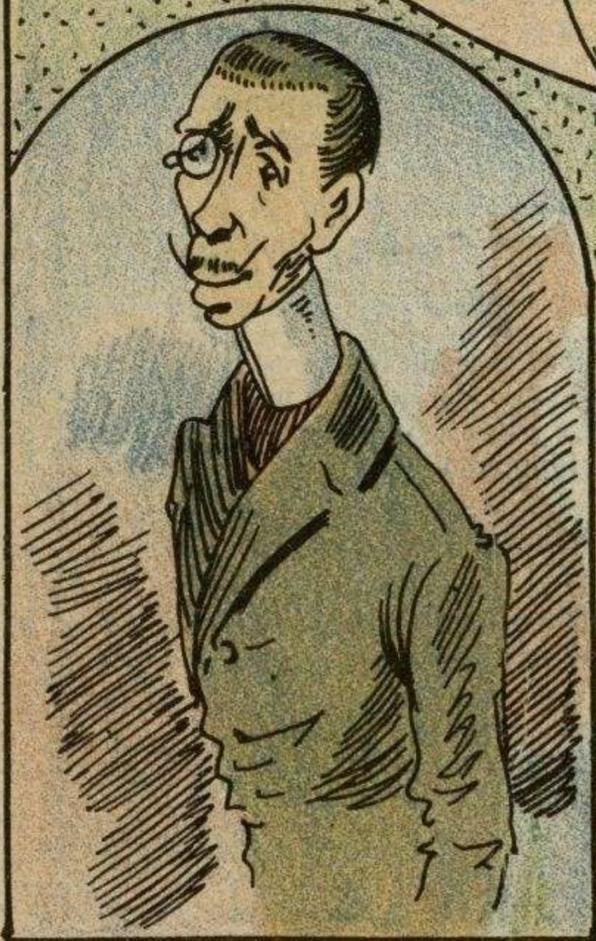
Este filósofo está desengañado del mundo. Él creía que le podrían dar diez reales por él en la casa de empeños y solo le han dado una peseta.



—Con ánimo de trabajar he salido al campo, y efectivamente, hace tres horas que estoy sentado.



—Mira, un consejo de amigo. Haz el favor de no volver á mirar al sietemesino del palco, porque te voy á romper algo. En cambio, al señor viejo de las butacas, aquel que tiene los brillantes, le puedes mirar cuanto quieras.



No se atreve á ir á ver á los monos del Parque, porque así que le aperciben le hacen señas como si le conocieran.



Eso de hacer el amor encima de una pared, puede tener perendengues... ó los puede no tener.

—Pregunta á mi antiguo peluquero, que me rizaba despues de mis sesenta años.

—Ciertamente; su abuelo de usted ha sido un gran parroquiano. El fué quien me hizo mayor consumo de pelucas invisibles.

—¡Quieres callar, indiscreto!

—Nada, hijo mío; un hombre sin cabellos es hombre muerto.

—Nunca seas hombre de *poco pelo*. ¡Dime si te peinas y te diré quién eres.

L. R.

COMUNICACIÓN

—¿Central?...

—¿Qué quiere?

—Por favor me ponga en comunicación con el mil ciento.

—Enseguida le sirvo, espere un rato, que poco he de tardar, al punto vuelvo.

—¿Quién es el que me llama?...

—Qué pregunta; pues nadie puede ser sino tu Alfredo.

—¿Se ha acostado tu esposo?

—No, querido;

mas no tengas ningun presentimiento; que de esto que te estoy comunicando, ninguno más que tú se entera de ello.

—¿Pero no te acompaña tu marido? ¡me tienes impaciente!

—No seas necio:

sí que está, y junto á mi por más señales; me acompaña hace tiempo.

—¿Y no podrá escuchar?...

—Habla tranquilo:

no pienses más en eso.

Ya me está preguntando con quién hablo en hora tan extraña, el muy borrego.

—¿Y qué le respondiste?

—Que llamaba

mi cuñada Consuelo.

—Chistoso ha estado el lance.

—La sordera

la tiene cada vez en más aumento.

Se afana por oír lo que le dicen, y el pobre es tan obtuso y es tan necio, que aunque ahora no siente un cañonazo, se cree que ha de sanar, mediante el tiempo.

—Que no suceda nunca, á Dios le pido.

—Dios no se ocupa en tan inútil viejo.

Hace tiempo que ve á un especialista que es sabio de gran mérito, (pero que al par que sabio es un granuja y esa es la prueba de su gran talento), que le tiene ofrecido, en dos semanas curarle por completo.

—¡Pues por Dios, que no vaya! ¡lo suplico! ¡por lo que pueda ser impide eso!

—¿Ya sigues con lo mismo? no hagas caso; ya verás como el sabio que te cuento, en lugar de quitarle la sordera lo que logra quitarle es el dinero.

—¿Y hace mucho que asiste á esa consulta?

—Seis días nada más si mal no cuento.

—Pues si estimas en algo mi cariño no le dejes que vaya por mas tiempo.

—¿Si estimo tu cariño, me preguntas?

—Ciertamente.

—Y no sabes que te quiero?

—¿No sabes que no creo en más cariño

que el que pueda sentir hacia mi Alfredo?...

—¿Y tu marido?

—¡Mientas á mi esposo?...

—¿te quieres comparar con este viejo?...

—¿piensas que he de formar comparaciones con este carcamal, enclenque y feo?

—Al fin es tu marido y fuera facil...

—No se te ocurra ni por un momento.

Aguarda, voy á ver qué se le antoja.

—¿Te llama?

—Sí; no diga que no atiende.

—¡Ay! ¡ay!...

—¿Qué pasa?

—¡Cielos!...

—¡Qué sucedel!...

—Pues que ha cogido su bastón de hierro... y anunciándome está con elocuencia, que le ha curado el sabio por completo!

FRANCISCO DE LA ESCALERA.



Pues, señor, sucedió que el ministro Sr. Isasa se fué á Madrideojos.

Que allí se estuvo mano sobre mano.

Que la gente se indignaba y se reía de verle así. Y que él más quemado que la pólvora, se volvió á Madrid.

Pues, señor, sucedió que en Madrid le tomaron tambien el pelo.

Que el Sr. Silvela se amoscó.

Y que volvió á despedir al Sr. Isasa con orden de llegar hasta Consuegra.

Fuese á Consuegra el Sr. Isasa y allí se estuvo sin hacer nada.

Ahora se ofrece una honesta recompensa al que sepa decirnos para qué sirve el Sr. Isasa, ministro de Fomento.

La honesta recompensa consiste en la gasa que usaba el Sr. Fabié cuando era simple senador ó senador simple.

* *

Si el Sr. Cánovas tuviese una hija y se le casase con el hijo del Sr. Fabié, ¿en qué se parecerían el ministro de Ultramar y el presidente del Consejo de ministros al pueblo inundado en la provincia de Toledo?

En que también serían *consuegros*.

* *

En el *meeting* celebrado en el teatro Principal, el Sr. Vallés y Ribot se burló grandemente del señor Fabié.

Esto trae indignados á los ministeriales.

Por lo visto quieren que no se burle del Sr. Fabié más que el Sr. Cánovas.

¡Qué egoistas!

* *

Se dice que la causa de las inundaciones es la falta de árboles que tenemos en España.

Eso es una exageración.

Precisamente aquí no se ven más que alcornoques por todas partes.

* *

¿Qué hace nuestro Ayuntamiento?
Pues lo lógico en tiempo de verano: nada.
Solo que nada en seco.

Esperemos que se nombren las deseadas comisiones y los ediles *se mojarán*.

* * *

*Si oyes contar de un naufrago la historta
ahogado en un prosaico wagon,
ese naufrago triste es el alcalde
en Porcar y Tió.*

MISCELANEA

—Pues verá V.; yo le presté veinte duros y estuve esperando dos años que me los devolviera. Fui á su casa muchas veces, le excité el amor propio, le recordé nuestra antigua amistad y últimamente le insulté.

- ¿Y no sacó V. nada?
- Sí, señor; la cara colorada.
- ¿De la desesperación?
- No; de una bofetada que me atizó.

El colmo de la glotonería:
Devorar un agravio.
El de la ternura:
Acariciar una esperanza.

Casóse el buen Andrés, y al otro día su mujer le jugó tan mal bromazo que el hombre, hecho un harpía la rompió una costilla de un trancazo. Condújola á la cama incontinente, y con vivo interés y afán muy vivo, dijo al facultativo que vino diligente:
—Curad á mi mujer, que sin cuidado por bajar la escalera la ha rodado. Hizolo así el doctor con gran premura, y al llegar á la cuenta, dijo Andrés:—¿Cuánto os debo por la cura?
—Veinte duros no más.

—Tomad cuarenta.

- ¿Cuarenta!.. Eso es doblado.
- Sí, que os quiero pagar adelantado; porque siendo mi esposa insoportable por lo viva y ligera, antes de cuatro días es probable que se vuelva á caer por la escalera.

- ¿Cuál es la parte más atrasada de España?
- Aragón.
- ¿En qué lo demuestra?
- En que al cabo de tantos años los aragoneses no han pasado aún de la *jota*.

Epigramas

De fenomenal tamaño
tiene una mesa Ramon,
y como aquella es tan grande
dice que tiene un *mesón*.

- El carpintero Retuerza
me pegó un palo, Redoma.
- Y ¿te lo pegó con fuerza?
- No, chico, que fué con goma.

Tiene una novia muy bella
el valenciano Gorreto
y ayer me ha dicho en secreto
que sabe guisar *pa-ella*.

Un sombrero de paja tiene Manolo,
que por su atroz tamaño la atención llama,
y opina nuestro amigo Jorje Retama
que es eso mucha paja para uno solo.

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO

El escritor R... tiene unos piés fenomenales por el tamaño.

El otro día, al pasar por la Rambla, exclamó al verle un andaluz:

—Dioz le cancrive á ozté los zapatos, porque el día que ce le rompan van á tener que matar un *güey* pa jacerle otroz nuevos.

En un día de mucho frío un guardia municipal sorprende á un granuja con la mano metida en el bolsillo de un caballero.

—¿Qué haces con esa mano ahí metida?—le pregunta.

—¡Pues, toma! ¡Calentármela!

Dos poetas en Pamplona
dieron un drama á la escena,
en que salía una hiena,
dos camellos y una mona.
Uno al ver tales horrores
gritó, por burlarse de ellos:
—¡Que salgan esos camellos!...
Y salieron los autores.



A. de M.—*Flor de encanto*... El encanto es el que voy yo á dar á los lectores no publicando esa composición.

F. de la E. (Madrid.)—Dejemos lo que V. propone para más adelante. Veremos de insertar lo que envía

J. M. S. (Madrid.)—Irán los epigramas. No tengo tiempo para contestar particularmente.

J. U. S. (Madrid.)—Irá todo.

Cucufate.—Irá algo.

S. L.—Haga cosillas más ligeritas y á ser posible cómicas, pues como V. habrá notado vamos desterrando todo lo serio. Mándeme las señas para enviarle los números.

L. R. R. (Madrid.)—Amigo mío, eso no puede ir. Empieza V. con estos cuatro versos sueltos:

- ¿Y porqué habeis regañado?
- Pues solo por su mujer
que parece una cotorra
cuando se pone á charlar.

A. B.—No se quien eres ¡y me tuteas! ¡Barbián! Otra cosa: los versos que me envías son muy bonitos, pero me huelen á Timoteo.

F. B.—Cumplí su encargo. No me acuerdo de los versos y deben estar en la imprenta. Los que me envía tienen el defecto del asonante del estrambote, y eso no *hace bien* al oído. Corrijalos.

Aragonés.—Si hubiera podido ir yo mismo hubiera corregido aquel defecto.



Estrella que causa estragos,
y que pudiera muy bien,
cual si fueseis reyes magos,
meteros en un *helen*.

M. Gonzalez

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas.—Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.—Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, Don Julián Rodríguez.—Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.